una empresa tan dificultosa. Defecto que le traia cuidadoso, porque andaba disimulado entre los que le obedecian, y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

CAPITULO VII.

Renuncia Hernan Cortés en el primer ayuntamiento que se hizo en la Vera Cruz el título de capitan general, que tenia por Diego Velazquez: vuélvenle á eligir la villa y el pueblo.

El dia siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento con pretesto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella poblacion: y poco despues pidió licencia Hernan Cortés para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pie los capitulares para recibirle: y él, haciendo reverencia á la villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta sustancia, ó poco diferente:

Entra Cortés en el ayuntamiento.

Hace dejacion del título de Diego Velazquez.

« Ya, señores, por la misericordia de Dios, tenemos en este consistorio representada la persona de « nuestro rey, á quien debemos descubrir nuestros « corazones, y decir sin artificio la verdad, que es el vasallage en « que mas le reconocemos los hombres de bien. Yo vengo á vuestra presencia, como si llegara á la suya, sin otro fin que el de « su servicio, en cuyo celo me permitireis la ambicion de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en los medios de establecer esta nueva república, dichosa ya en estar pendiente de « vuestra direccion. No será fuera de propósito que oigais de mí « lo que tengo premeditado y resuelto, para que no camineis sobre « algun presupuesto ménos seguro, cuya falta os obligue á nuevo « discurso y nueva resolucion. Esta villa, que empieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno, se ha fundado en tierra no conocida y de grande poblacion: donde se han visto ya señales « de resistencia, bastantes para creer que nos hallamos en una « empresa dificultosa, donde necesitaremos igualmente del consejo « y de las manos; y donde muchas veces habrá de proseguir la « fuerza lo que empezare y no consiguiere la prudencia. No es « tiempo de máximas políticas, ni de consejos desarmados. Vuestro primer cuidado debe atender á la conservacion de ese ejército que os sirve de muralla: y mi primera obligacion es advertiros que no está hoy como debe, para fiarle nuestra seguridad « y nuestras esperanzas. Bien sabeis que yo gobierno el ejército « sin otro título que un nombramiento de Diego Velazquez, que « fué con poca intermision escrito y revocado. Dejo aparte la

« sinrazon de su desconfianza, por ser de otro propósito; pero no « puedo negar que la jurisdiccion militar, de que tanto necesitamos, se conserva hoy en mí contra la voluntad de su dueño, y « se funda en un título violento que trae consigo mal disimulada « la flaqueza de su orígen. No ignoran este defecto los soldados; « ni yo tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandarlos con « autoridad escrupulosa, ni es el empeño en que nos hallamos « para entrar en él con un ejército que se mantiene mas en la costumbre de obedecer, que en la razon de la obediencia. A vosotros, « señores, toca el remedio de este inconveniente: y el ayuntamiento, en quien reside hoy la representacion de nuestro rey, « puede en su real nombre proveer el gobierno de sus armas, « eligiendo persona en quien no concurran estas nulidades. Muchos sugetos hay en el ejército capaces de esta ocupacion; y en « cualquiera que tenga otro género de autoridad, ó que la reciba « de vuestra mano, estará mejor empleada. Yo desisto desde « luego del derecho que pudo comunicarme la posesion, y renuncio en vuestras manos el título que me puso en ella, para que « discurrais con todo el arbitrio en vuestra eleccion, y pueda aseguraros que toda mi ambicion se reduce al acierto de nuestra « empresa, y que sabré sin violentarme acomodar la pica en la « mano que deja el baston: que si en la guerra se aprende el « mandar obedeciendo, tambien hay casos en que el haber mandado enseña á obedecer. »

Deja el título y el baston, y se retira.

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, y dejándole entregado á los alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso: porque tenia dispuestas las cosas de manera, que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó ménos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuvieron poco en su eleccion: porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer; y otros no hallarian que replicar. Votaron todos que se admitiese la dejacion de Cortés; pero que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que su magestad otra cosa ordenase: y resolvieron que se comunicase al pueblo la nueva eleccion, para ver cómo se recibia, ó porque no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente á voz de pregonero: y publicada la renunciacion de Cortés, y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba, ó el que se habia prevenido. Fueron grandes las aclamaciones y el regocijo de la gente. Unos victoreaban al ayuntamiento por su buena eleccion: otros pedian á Cortés, como si se le negaran: y si algunos

Vota el ayuntamiento que se vuelva el cargo á Cortés.

Participase al pueblo esta resolucion.

eran de contrario sentir, ó fingian el contento á voces, ó cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hecha esta diligencia, partieron los alcaldes y regidores, llevando tras sí la mayor parte de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, á la barraca de Hernan Cortés, y le dijeron, ó notificaron, que la Villa Rica de la Vera Cruz, en nombre del rey don Cárlos y con sabiduría y aprobacion de sus vecinos, en concejo abierto le habia elegido y nombrado por gobernador del ejército de Nueva España: y en caso necesario le requeria y ordenaba que se encargase de esta ocupacion, por ser así conveniente al bien público de la villa y al mayor servicio de su magestad.

Acepta Hernan Cortés el cargo.

Aceptó Hernan Cortés con grande urbanidad y estimacion el nuevo cargo (que así le llamaba para diferenciarle, hasta en el nombre, del que habia renunciado), y empezó á gobernar la milicia con otro género de seguridad interior, que hacia sus efectos en la obediencia de los soldados.

Inquiétanse los dependientes de Velazquez.

Sintieron esta novedad con grande imprudencia los dependientes de Diego Velazquez; porque no se ajustaron á disimular su pasion, ni supieron ceder á la corriente, cuando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar al ayuntamiento, y desacreditar á Cortés, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinacion de los oidos, se hacia lugar en las conversaciones, y no faltaba quien la escuchase y procurase adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortés para remediar en los principios este inconveniente, no sin recelo de que se llevase tras sí á los inquietos, ó perturbase á los fáciles de inquietar. Tenia ya esperimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrarios efectos, poniendo el daño de peor calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que públicamente fuesen llevados á la armada y puestos en cadena Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velazquez de Leon. Puso grande terror en el ejército esta demostracion; y él trataba de aumentarle, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion: en cuya severidad, verdadera ó afectada, se mantuvo algunos dias sin llegar á lo estrecho de la justicia, porque deseaba mas su emienda que su castigo. Estuvieron al principio sin comunicacion; pero despues se la concedió, dando á entender que la toleraba: y se valió mañosamente de esta permision para introducir algunos de sus confidentes que procurasen reducirlos y ponerlos en razon; como lo consiguió con

Hácense algunas prisiones.

Afecta Hernan Cortés el rigor.

Y últimamente los reduce á su amistad.

el tiempo, dejándose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron á su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron despues.

CAPITULO VIII.

Marchan los Españoles, y parte la armada la vuelta de Quiabislan. Entran de paso en Zempoala, donde les hace buena acogida el cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma.

Sale Pedro de Alvarado á buscar bastimento.

Luego que se ejecutaron estas prisiones salió Pedro de Alvarado con cien hombres á reconocer la tierra y traer algunas vituallas: porque ya se hacia sentir la falta de los Indios que proveian el ejército. Ordenósele que no hiciese hostilidad, ni llegase á las armas sin necesidad en que le pusiesen la defensa ó la provocacion: y tuvo suerte de ejecutarlo así con poca diligencia, porque á breve distancia se halló en unos pueblos ó caserías, cuyos moradores le dejaron libre la entrada, huyendo á los bosques. Reconociéronse las casas que estaban desiertas de gente; pero bien proveidas de maiz, gallinas y otros bastimentos; y sin hacer daño en los edificios ni en las alhajas, tomaron los soldados lo que habian menester, como adquirido con el derecho de la necesidad, y volvieron al cuartel cargados y contentos.

Parten los bajeles á Quiabislan.

Marcha Cortés por tierra á Zempoala.

Dispuso luego su marcha Hernan Cortés como lo tenia resuelto, y partieron los bajeles á la ensenada de Quiabislan; y él siguió por tierra el camino de Zempoala, dando el costado derecho á la costa, y echó sus batidores delante, que reconociesen la campaña: previniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Situacion de la Vera Cruz.

Halláronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de la Vera Cruz; y porque iba profundo, fué necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores que hallaron en la orilla, donde pasó la gente, dejando nadar á los caballos. Vencida esta dificultad, llegaron á unos pueblos del distrito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no solo de los Indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, con indicios de fuga prevenida y cuidadosa: solo dejaron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de víctimas humanas, que hicieron á un tiempo lástima y horror.

Libros mejicanos.

Aquí fué donde se vieron la primera vez, no sin admiracion, los libros mejicanos, de que dejamos hecha mencion. Habia tres ó cuatro en los adoratorios que debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volúmen : parecidos á los nuestros por la vista esterior, y por el testo escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que dieron á conocer los pintores de Teutile.

Alojóse luego el ejército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demas.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino mas hollado, que declinaba la vuelta del poniente, con algun desvío de la costa : y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni mas que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacia ruido en la imaginacion y en el cuidado : hasta que entrando en unos prados de grande amenidad, se descubrieron doce Indios, que venian en busca de Hernan Cortés con un regalo de gallinas y pan de maiz, que le enviaba el cacique de Zempoala, pidiéndole con encarecimiento que no dejase de llegar á su pueblo, donde tenia prevenido alojamiento para su gente, y seria regalado con mayor liberalidad. Súpose de estos Indios que el lugar donde residia su cacique distaba un sol de aquel parage, que en su lengua era lo mismo que un dia de marcha; porque no conocian la division de las leguas, y median la distancia con los soles, contando el tiempo, y no los pasos del camino. Despachó Cortés á los seis Indios con grande estimacion del regalo y de la oferta, quedándose con los otros seis para que le guiasen y para hacerles algunas preguntas; porque no acababa de reducirse á la sinceridad de este agasajo, que de no esperado parecia poco seguro.

No se halla persona de quien tomar lengua.

Presente del cacique de Zempoala.

Como dividian el camino los Mejicanos.

Aquella noche se hizo alto en un pueblo de corta vecindad, cuyos moradores anduvieron solícitos en el hospedage de los Españoles, y al parecer poco recelosos : de cuya quietud se conjeturaba que estarian de paz los de su nacion; y no se engañó la esperanza, aunque suele consolarse con facilidad. A la mañana se movió el ejército con la frente á Zempoala, dejándose llevar de las guias con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando ya cerca del pueblo, vinieron veinte Indios al recibimiento de Cortés, galanes á su modo : y hechas sus ceremonias, dijeron : « Que no salia con « ellos su cacique por estar impedido; y así los en- « viaba para que cumpliesen por él con aquella demostracion,

Recibimiento de los Zempoales.

« quedando con mucho deseo de conocer á tan valerosos hués- « pedes, y recibir con su amistad á los que ya tenia en su in- « clinacion. »

Descripcion de Zempoala.

Era el lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre dos rios que fertilizaban la campaña, bajando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza. Los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos léjos : tanto, que uno de los batidores que iban delante volvió aceleradamente diciendo á voces que las paredes eran de plata : de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el ejército ; y pudo ser que lo creyesen entónces los que despues se burlaban de su credulidad.

Dice un batidor que las paredes eran de plata.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumerable pueblo que concurrió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el cacique á la puerta de su palacio : y era su impedimento una gordura monstruosa que le oprimia y le desfiguraba. Fuése acercando con dificultad, apoyado en los brazos de algunos Indios nobles, que, al parecer, le daban todo el movimiento. Su trage, sobre cuerpo desnudo una manta de fino algodon, enriquecida con varias joyas y pendientes, de que traia tambien empedradas las orejas y los labios. Príncipe de rara hechura, en quien hacian notable consonancia el peso y la gravedad. Fué necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados; y porque tenia que reprimir en sí, dió la órden con forzada severidad; pero luego que empezó el cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortés, y agasajando á los demas capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oido la estimacion de los ojos. Habló concertadamente, y cortó la plática de los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortés que se retirase á descansar del camino, y alojar su gente : que despues le visitaria en su cuartel, para que hablasen mas de espacio en los intereses comunes.

Era muy gordo el cacique.

Su trage.

Da señas de su entendimiento.

Alojamiento de los Españoles.

Tenian prevenido el alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudieron acomodarse todos con bastante desahogo, y fueron asistidos con abundancia de cuanto hubieron menester. Envió despues el cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro, y otras curiosidades que valdrian hasta dos mil pesos : y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas, que traian sobre sus hombros los mas principales de su familia; y tendrian entónces esta dignidad los mas robustos. Salió Cortés á recibirle, asistido de sus capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pareció conveniente hablarle

Visita el cacique á Cortés.

sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su rey, y los errores de la idolatría, pasó á decirle: « Que uno de los fines de aquel « ejército valeroso era deshacer agravios, castigar violencias, y « ponerse de parte de la justicia y de la razon. » Tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que traia, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luego en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida: y ántes de resolverse á la respuesta, empezó á suspirar como quien sentia la dificultad de quejarse; pero despues venció la pasion, y prorumpiendo en lamentos de su infelicidad, le dijo: « Que todos los caciques de aquella comarca se ha- « llaban en miserable y vergonzosa esclavitud, gi- « miendo entre las violencias y tiranías de Motezuma, sin fuerzas « para volver por sí, ni espíritu para discurrir en el remedio: que « se hacia servir y adorar de sus vasallos como uno de sus dioses, « y queria que se venerasen sus violencias y sinrazones como de- « cretos celestiales; pero que no era su ánimo proponerle que se « aventurase á favorecerlos: porque Motezuma tenia mucho poder « y muchas fuerzas para que se resolviese con tan poca obligacion « á declararse por su enemigo; ni seria en él buena urbanidad « pretender su benevolencia, vendiendo á tan costoso precio tan « corto servicio. »

Quéjase de Motezuma.

Pondera sus tiranías.

Procuró Hernan Cortés consolarle, dándole á entender: « Que temeria poco las fuerzas de Motezuma, « porque las suyas tenian al cielo de su parte, y natural predo- « minio contra los tiranos; pero que necesitaba de pasar luego á « Quiabislan, donde le hallarian los oprimidos y menesterosos, « que teniendo la razon de su parte, necesitasen de sus armas: « cuya noticia podria comunicar á sus amigos y confederados, « asegurando á todos que Motezuma dejaria de ofenderlos, ó no « lo podria conseguir miéntras él asistiese á su defensa. » Con esto se despidieron los dos, y Hernan Cortés trató luego de su marcha, dejando ganada la voluntad de este cacique, y celebrando para consigo la mejoría de sus intentos, que por aquellos léjos ó espacios de la imaginacion iban pareciendo posibles.

Ofrécele su auxilio Cortés.

CAPITULO IX.

Prosiguen los Españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan. Refiérese lo que pasó en la entrada de esta villa, donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma.

Al tiempo de partir el ejército se hallaron prevenidos cuatrocientos Indios de carga, para que llevasen las balijas y los bastimentos y ayudasen á conducir la artillería: que fué grande alivio para los soldados, y se ponderaba como atencion estraordinaria del cacique, hasta que se supo de doña Marina que entre aquellos señores de vasallos era estilo corriente asistir á los ejércitos de sus aliados con este género de bagages humanos, que en su lengua se llamaban tamenes, y tenian por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso. Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa, parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas, y parte fertilizada con el beneficio de las semillas; á cuya vista caminaban nuestros Españoles alegres y divertidos, celebrando la dicha de pisar una campaña tan abundante. Halláronse al caer del sol cerca de un lugarcillo despoblado, donde se hizo mansion, por escusar el inconveniente de entrar de noche en Quiabislan, adonde llegaron el dia siguiente á las diez de la mañana.

Pasa el ejército á Quiabislan.

Tamenes, ó Indios de carga.

Descubríanse á largo trecho sus edificios sobre una eminencia de peñascos, que al parecer servian de muralla: sitio fuerte por naturaleza, de surtidas estrechas y pendientes, que se hallaron sin resistencia, y se penetraron con dificultad. Habíanse retirado el cacique y los vecinos para averiguar desde léjos la intencion de nuestra gente: y el ejército fué ocupando la villa, sin hallar persona de quien informarse; hasta que llegando á una plaza donde tenian sus adoratorios, le salieron al encuentro catorce ó quince Indios de trage mas que plebeyo, con grande prevencion de reverencias y perfumes, y anduvieron un rato afectando cortesía y seguridad, ó procurando esconder el temor en el respeto: afectos parecidos y fáciles de equivocar. Animólos Hernan Cortés tratándolos con mucho agrado, y les dió algunas cuentas de vidrio azules y verdes, moneda, que por sus efectos, se estimaba ya entre los mismos que la conocian: con cuyo agasajo se cobraron del susto que disimulaban, y dieron á entender: « Que su cacique se habia reti- « rado advertidamente, por no llamar la guerra con ponerse en « defensa, ni aventurar su persona, fiándose de gente armada que

Descripcion de Quiabislan.

Estaba despoblado el lugar.

Salen quince Indios nobles al encuentro.

Proposicion de los Indios.

« no conocia; y que con este ejemplo no fué posible impedir la « fuga de los vecinos, ménos obligados á esperar el riesgo : accion « á que se habian ofrecido ellos, como personas de mas porte y « mayor osadía; pero que en sabiendo todos la benignidad de tan « honrados huéspedes, volverian á poblar sus casas, y tendrian á « mucha felicidad el servirlos y obedecerlos. » Asegurólos de nuevo Hernan Cortés : y luego que partieron con esta noticia, encargó mucho á sus soldados el buen pasage de los Indios : cuya confianza se conoció tan presto, que aquélla misma noche vinieron algunas familias, y en breve tiempo estuvo el lugar con todos sus moradores.

Vinieron juntos el cacique de Quiabislan y Zempoala.

Entró despues el cacique, trayendo al de Zempoala por su padrino, ambos en sus andas ó literas sobre hombros humanos. Disculpó el de Zempoala, no sin alguna discrecion, á su vecino; y á pocos lances se introdujeron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con impaciencia, y algunas veces con lágrimas, sus tiranías y crueldades, la congoja de sus pueblos, y la desesperacion de sus nobles : á que añadió el de Zempoala por última ponderacion : « Es tan soberbio y tan feroz este monstruo, « que sobre apurarnos y empobrecernos con sus tributos, formando sus riquezas de nuestras calamidades, quiere tambien « mandar en la honra de sus vasallos, quitándonos violentamente « las hijas y las mugeres, para manchar con nuestra sangre las « aras de sus dioses, despues de sacrificarlas á otros usos mas « crueles de ménos honestos. »

Entran luego en las quejas de Motezuma.

Alientalos Hernan Cortes.

Procuró Hernan Cortés alentarlos y disponerlos para entrar en su confederacion; pero al mismo tiempo que trataba de inquirir sus fuerzas y el número de gente que tomaria las armas en defensa de la libertad, llegaron dos ó tres Indios muy sobresaltados; y hablando con ellos al oido, los pusieron en tanta confusion, que se levantaron perdido el ánimo y el color, y se fueron á paso largo sin despedirse, ni acabar la razon. Súpose luego la causa de su turbacion; porque se vieron pasar por el mismo cuartel de los Españoles seis ministros ó comisarios reales, de aquellos que andaban por el reino cobrando y recogiendo los tributos de Motezuma. Venian adornados con mucha pompa de plumas y pendientes de oro sobre delgado y limpio algodon, y con bastante número de criados ó ministros inferiores, que moviendo, segun la necesidad, unos abanicos grandes, hechos de la misma pluma, les comunicaban el aire ó la sombra con oficiosa inquietud. Salió Cortés á la puerta con sus capitanes; y ellos pasaron sin hacerle cortesía, vario el semblante entre la indignacion y el desprecio : de cuya soberbia quedaron con algun remordimiento los soldados, y partieran á castigarla, si él no los reprimiera; contentándose por entónces con enviar á doña Marina con guardia suficiente para que se informase de lo que obraban.

Vanse turbados los caciques.

Seis ministros de Motezuma.

Pasan sin hacer caso de Cortes.

Entendióse por este medio, que asentada su audiencia en la casa de la villa, hicieron llamar á los caciques, y les reprendieron públicamente con grande aspereza el atrevimiento de haber admitido en sus pueblos una gente forastera, enemiga de su rey : y que demas del servicio ordinario, á que estaban obligados, les pedian veinte Indios que sacrificar á sus dioses en satisfaccion y emienda de semejante delito.

Ponen su audiencia en la casa de la villa.

Reprenden á los caciques.

Llamó Hernan Cortés á los dos caciques, enviando algunos soldados, que sin hacer ruido, los trujesen á su presencia : y dándoles á entender que penetraba lo mas oculto de sus intentos, para autorizar con este misterio su proposicion les dijo : « Que ya sabia la violencia de aquellos comi- « sarios, y que sin otra culpa que haber admitido su ejército tra- « taban de imponerles nuevos tributos de sangre humana : que ya « no era tiempo de semejantes abominaciones, ni él permitiria que « á sus ojos se ejecutase tan horrible precepto; ántes les ordenaba precisamente, que juntando su « gente fuesen luego á prenderlos, y dejasen á cuenta « de sus armas la defensa de lo que obrasen por su « consejo. »

Llama Hernan Cortés á los caciques.

Mandales que vayan á prender á los ministros de Motezuma.

Deteníanse los caciques, rehusando entrar en ejecucion tan violenta, como envilecidos con la costumbre de sufrir el dolor y respetar el azote; pero Hernan Cortés repitió su órden con tanta resolucion, que pasaron luego á ejecutarla : y con grande aplauso de los Indios fueron puestos aquellos bárbaros en un género de cepos que usaban en sus cárceles muy desacomodados; porque prendian el delincuente por la garganta, obligando los hombros á forcejar con el peso para el desahogo de la respiracion. Eran dignas de risa las demostraciones de entereza y rectitud con que volvieron los caciques á dar cuenta de su hazaña; porque trataban de ajusticiarlos aquel mismo dia, segun la pena que señalaban sus leyes contra los traidores : y viendo que no se les permitia tanto, pedian licencia para sacrificarlos á sus dioses como por via de menor atrocidad.

Fueron puestos en la prision de sus cepos.

Asegurada la prision con guardia bastante de soldados españoles, se retiró Hernan Cortés á su alojamiento, y entró en consulta consigo sobre lo que debia obrar para salir del empeño en que se hallaba de amparar y defender aquellos caciques del daño que les amenazaba por haberle obedecido; pero no quisiera desconfiar enteramente á Motezuma, ni dejar de tenerle pendiente y cuidadoso. Haciale disonancia el tomar las armas para defender la razon escrupulosa de unos va-

Empeño en que se hallaba Cortes.

sallos quejosos de su rey; dejando sin nueva provocacion, ó mejor pretesto, el camino de la paz. Y por otra parte consideraba como punto necesario el mantener aquel partido que se iba formando, por si llegase el caso de haberle menester. Tuvo finalmente por lo mas acertado cumplir con Motezuma, sacando mérito de suspender los efectos de aquel desacato; y dándose á entender que por lo ménos cumpliria consigo en no fomentar la sedicion, ni servirse de ella hasta la última necesidad. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fué mandar, á la media noche, que le trujesen dos de los prisioneros con todo recato: y recibiéndolos benignamente, les dijo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad: y que en fe de que la recibian únicamente de su mano, podrian asegurar á su príncipe: « Que con « toda brevedad procuraria enviarle los otros compañeros suyos « que quedaban en poder de los caciques; para cuya emienda y « reduccion obraria lo que fuese de su mayor servicio: porque « deseaba la paz, y merecerle con su respeto y atenciones toda la « gratitud que se le debia por embajador y ministro de mayor « príncipe. » No se atrevian los Indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen, ó volviesen á prender en el paso: y fué menester asegurarlos con alguna escolta de soldados españoles que los guiasen á la vecina ensenada, donde se hallaban los bajeles, con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Fruto que sacó de su empeño.

Da libertad á dos de los ministros.

Vinieron á la mañana los caciques muy sobresaltados y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros: y Hernan Cortés recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándolos de poco vigilantes: y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision: y secretamente ordenó á los cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros: con lo cual dejó confiados á los caciques, sin olvidar la satisfaccion de Motezuma, cuyo poder tan ponderado y temido entre aquellos Indios le tenia cuidadoso: y así procuraba ocurrir á todo, conservando aquel partido sin empeñarse demasiado en él ni perder de vista los accidentes que le podrian poner en obligacion de abrazarle. Grande artífice de medir lo que disponia con lo que recelaba: y prudente capitan el que sabe caminar en alcance de las contingencias, y madrugar con el discurso para quitar la fuerza ó la novedad á los sucesos.

Hace llevar á la armada á los otros ministros presos.

CAPITULO X.

Vienen á dar la obediencia y ofrecerse á Cortés los caciques de la serranía: edifícase y pónese en defensa la villa de la Vera Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma.

Divulgóse por aquellos contornos la benignidad y agradable trato de los Españoles, y los dos caciques de Zempoala y Quiabislan avisaron á sus amigos y confederados de la felicidad en que se hallaban, libres de tributos, y afianzada su libertad con el amparo de una gente invencible, que entendia los pensamientos de los hombres, y parecia de superior naturaleza: con que pasó la palabra, y fué, como suele, adquiriendo fuerzas la fama, en cuyo lenguaje tiene sus adiciones la verdad, ó se confunde con el encarecimiento. Ya se decia públicamente por aquellos pueblos que habitaban sus dioses en Quiabislan, vibrando rayos contra Motezuma: y duró algunos dias esta credulidad entre los Indios, cuya engañada veneracion facilitó mucho los principios de aquella conquista; pero no se apartaban totalmente de la verdad en mirar como enviados del cielo á los que por decreto y ordenacion suya venian á ser instrumentos de su salud: aprehension de su rudeza, en que pudo mezclarse alguna luz superior, dispensada en favor de su misma sinceridad.

Concepto que hicieron los Indios de los Españoles.

Tiénenlos por deidades.

Sirve á los Españoles esta aprehension de los Indios.

Creció tanto esta opinion de los Españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias vinieron á Quiabislan mas de treinta caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos Indios que llamaban Totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres, pero robusta y no sin presuncion de valiente. Dieron todos la obediencia, ofrecieron sus huestes; y en la forma que se les propuso juraron fidelidad y vasallage al señor de los Españoles, de que se recibió auto solemne ante el escribano del ayuntamiento. Dice Antonio de Herrera que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofrecieron estos caciques: no la contó Bernal Diaz del Castillo, ni llegó el caso de alistarla: seria grande el número, por ser muchos los pueblos y fáciles de mover contra Motezuma, particularmente cuando la serranía constaba de Indios belicosos recien sujetos, ó mal conquistados.

Vienen diferentes caciques á dar la obediencia.

Totonaques.

Juran fidelidad al rey de los Españoles.

Hecho este género de confederacion, se retiraron los caciques á